



Conforme á esto, dice el Padre San Juan Chri-
sóstomo, aunque seas Apóstol, aunque Evangelista,
aunque Profeta, debes reconocer por tus superiores
y obedecer á las potestades legítimas; Jesu-Christo,
estableciendo su Evangelio, no vino á destruir, sino á
edificar, no á eximir á los christianos, como temera-
riamente quisieron los Begardos, de la subordinacion
debida, sino á confirmarla y santificarla; esta suje-
cion, prósigue este Padre, no destruye, antes bien
confirma y perfecciona la verdadera piedad, por lo
que el que la resiste, resiste á la divina ordenacion. (1)

Yo no sé ciertamente, como unos hombres, que se
dicen católicos, y que vociferan que no trocarian su
fé con la del santo Padre de Roma, nos están frecuen-
temente fastidiando con las voces de igualdad, liber-
tad é independencía. Infelices é ignorantes malicio-
sos! En qué página de las santas Escrituras se hallan
esa quimérica igualdad, esa libertad perniciosa y esa
independencia criminal, inventadas para sacudir el yu-
go de la subordinacion á los Reyes y sus ministros?
Hé! ellas tienen su origen en la infernal serpiente, que
dixo para seducir á nuestros primeros Padres, que se-
rian, como Dios. Pueblos! ved, qué maestrazos se
han presentado para ilustraros! Padres! segun esos lu-
minosos oráculos, vuestros hijos son vuestros iguales,
son libres, para hacer lo que se les antoje, son in-
dependientes, para nada tienen, que contar con
vosotros. Esposos! abandonad esas ideas rancias, que
teneis sobre la superioridad acerca de vuestras mu-
geres. Se engaña San Pablo, quando os dice, que sois
cabezas de vuestras esposas. Estos ilustradores os di-

(1) Hom. 2. in epist. ad Rom.

cen, que en nada dependen de vosotros. Entended, que nada las podeis mandar, en nada corregir, y en nada impedir el que vivan, vistan y obren como las diere la gana. Reyes! los verdugos son vuestros iguales, y como estos juntamente con los demás moradores de España, son soberanos parciales, y de estas soberanias en fuerza de cierto pacto social, que hicieron en los montes de Oca, se formó una soberania indivisible, y por consiguiente de ellas estais dependientes. Si os eligen por Reyes, es para que seais sus criados, á quienes pueden quitar, deponer y llevar al suplicio, segun ha escrito el ilustrado y sabio Tribuno, objeto de los mas sublimes elogios del patriarca de los pensadores. Si hasta aquí os han llamado superiores y soberanos, ha sido por un efecto de la barbarie, de la supersticion y el fanatismo; llegó ya la luminosa época, en la que se han roto las pesadas cadenas del despotismo, de la usurpacion y de la tiranía, y se ha sacudido el terrible yugo de la infame esclavitud. Ya, el llamaros soberanos, que quiere decir *super omnes*, es tan enorme atentado, que debe reputarse por un delito de lesa Magestad. Pero digan, escriban y publiquen lo que gusten estos regeneradores, vuestros declarados enemigos; vuestros leales españoles, adictos siempre á su religion, y fieles á los deberes, que les impone sobre vuestras augustas Personas os reconocen y reconocerán por superiores, por soberanos, y unos vicarios de Dios en lo civil de los pueblos, sobre los que reynais. Vosotros teneis sobre ellos una potestad coercitiva para castigar los delitos, y todos vuestros súbditos deben temeros, amaros, respetaros, obedeceros, orar por vosotros, y contribuir con los tributos correspondientes á mantener el esplendor de vuestra corona, la conservacion de vuestros dominios, y sostener vuestros augustos derechos en la paz y en la guerra. Qué objetos tan dignos de que lo sepan los españoles, se presentan en

tan cortos renglones! Quiero daros sobre cada uno alguna breve instruccion.

He dicho, que se hallan adornados con potestad coercitiva para castigar los delitos. Es indubitable, que si todos los hombres fueran justos, no serian necesarias las leyes punitivas; pero nos enseña el Apóstol San Pablo, que la ley no se puso para el justo, sino para el que no lo es; (1) si, aunque no fuesen justos, obrasen á lo menos por principios de honor y de razon, qué necesidad habria de leyes penales? Pero son pocos los que obran, como justos, como racionales, y como hombres de honor. Por esto ha dispuesto la divina Providencia, viendo que los mas obran por temor del castigo, y ha querido, que los Reyes, además de tener potestad para sancionar las leyes, tengan autoridad coercitiva para contener con el temor de la pena aquellas almas baxas, á quienes no contienen, ni el amor, ni la conciencia. No hay estado en el mundo social, que tolere, y dexe sin castigo aquellos delitos, que se dirigen á aniquilar la religion, que debe ser la ley fundamental de la Nacion, el orden público, porque si el Estado permitiese alteracion en los principios de su estabilidad, él mismo se desolaria, la seguridad particular de sus súbditos, porque influye en el bien general de la sociedad, y la observancia de las leyes conducentes á la tranquilidad pública. Ninguno de estos delitos puede tolerar el Príncipe, ministro de Dios segun San Pablo, para vengar con el castigo á los que obran mal. (2) En fuerza de esta potestad, quién sino los amigos de la sedicion y rebelion, pueden negar, que puede el Rey mandar castigar á los súbditos inobedientes? Quién, sino los revolucionarios, pueden reprobar las penas establecidas en el derecho contra los desobedientes, discolos, tumultuarios, sediciosos, infieles y traydores á su Rey? Quién, no

(1) Ep. I. ad Tim. cap. I. (1) Ad Rom. cap. 13. (1)

en vano, como dice el Apóstol, lleva espada, (1) y el mismo Dios ha puesto en su mano, para que, como ministro suyo venga y castigue á los delinquentes, y sepan éstos, que si tal vez en la vida pueden evadir el golpe, no lo evadirán despues de la muerte? Quién, sino éstos, que quieren vivir impunes, puede ignorar, que segun enseña Santo Tomás, (2) los criminales están obligados á las penas tasadas por la ley á sufrirlas con paciencia, como justas y correspondientes á la gravedad de sus delitos?

Miserable Patria! Tristes Ciudadanos! Infelices Soberanos! Qué evidente es vuestra ruina, si se propaga una doctrina tan contraria á la tranquilidad, civil y religiosa! Novadores! Podeis ignorar, que no hay cosa tan necesaria en el mundo como la justicia? Qué ella es verdaderamente en el mundo civil lo que el ayre en el mundo elemental, el sol en el celeste, el alma en el inteligible? Qué por ella persisten los solios, imperan los que reynan, florecen las leyes, se conservan firmes los Pueblos, y estables las Provincias? Qué por ella se destierra la discordia, se comprime la ira, se abate la soberbia, se enfrena la ambicion, y se contiene la disolucion? Sabiazos, que á todos teneis por ignorantes! No sabeis, que discretamente decia el P. S. Agustin; que la necia naturaleza todo lo confundiría sin la razon de la disciplina, pues no habria hermosura casta contra los adúlteros, ni hacienda encerrada contra los ladrones, ni vida segura contra los homicidas? (3) Hé! Si no hubiese leyes para los hombres, y penas para los delitos, qué serian las ciudades sino bosques, y los mayores reynos sino unos grandes latrocinios? Si la disciplina no enfrenara el furor de los ánimos, y no determinara el orden de bien vivir, acaso la naturaleza pusiera jamás fin al pecar? El mundo mismo seria por ventu-

(1) Ibid. (2) 2. 2. quæst. 62. (3) De Civit. lib. 4. cap. 4.

ra mas que un despojo, y la vida una confusion, si la justicia vindicativa no remediase la violencia de las pasiones desarregladas? El profundo Tertuliano ~~me~~ decia, que la divina bondad habia criado el mundo, pero que la justicia habia hecho la consonancia; porque si el amor propio da discordes y descompasadas voces, si la ambicion inventa tonos extravagantes, si la avaricia da rabiosos gritos, si la tiranía hace una música infernal, la justicia todo lo marcá, todo lo modera, todo lo compone, todo lo entona; porque es, dice el mismo Padre, es una plenitud de la divinidad, que dando á cada uno lo que es suyo con moderacion sagrada, dispensa las veces de todo el mundo. (1)

Todo esto, y mucho mas dice este Padre sobre la necesidad de exercitar la justicia; pero es un dolor, que estos señores no la quieren por su casa, aunque les vendrá tan bien como á un Santo una corona. Quántos desatinos no han impreso contra los castigos, que con acuerdo de las dos potestades se daban á los irreligiosos? Quántos despropósitos falsos y denigrativos no han proferido contra los Soberanos, que armados con el zelo de la Religion, persiguieron á los hereges y judíos? Qué historietas tan ridículas, copiadas de los enemigos de nuestra fé, no han expuesto al respetable Público, para hacer odiosos los mas rectos Tribunales? Y con qué fin? Porque no cayesen sobre ellos los justos castigos, á que los han hecho acreedores sus extravíos religiosos. Pero si algunos individuos de la sociedad se oponen á sus ideas, y no se conforman con sus perniciosas máximas, qué clamores, qué vocinglerias, para que se les castigue sin clemencia! Destierros, cuchillos, palos, garrotes, horcas, (aunque abolidas) todo es poco. O hombres inconsiguientes! Ya estais entendidos: La Religion es un objeto indiferente para vosotros, y la libertad de cultos es vuestra desenfrenada pasion.

(1) Lib. 2. adv. Marcionem.

Cómo sabeis, que nuestro inocente Soberano Fernando Séptimo es amantísimo de nuestra Sagrada Religión; Religión, que nuestro augusto y católico Congreso en nombre suyo, y de toda la Nación ha jurado con positiva exclusion de qualquiera otra, y como os consta, que será inexôrable con los incrédulos é irreligiosos, levantaís el grito, clamaís y vociferáis á favor de vuestra apetecida democracia, y pretendéis, que la religiosa España viole los sagrados vínculos del mas solemne juramento, con el que le conoció por su legítimo Rey, por su verdadero Monarca, y por su Soberano, para que la gobernase segun las leyes, cuya observancia debe jurar, y no dudamos, que las observará con la mas puntual exáctitud. Infelices novadores! Pensais, que la generosa España es tan inconstante como la apóstata Francia, que en pocos años mudó de cinco ó seis desgobiernos sacrílegamente jurados? Hé! Vosotros quereis, que corran por nuestras Provincias arroyos de sangre, y que por fin de la mas sanguinaria anarquía tramada por el tiránico despotismo del Precursor del Anti-christo reyne el que venza. Pero no, no saldreis con vuestros pérfidos designios. El amor al idolatrado Fernando está gravado en el corazon de los Españoles con caracteres indelebles. Fernando reynará en el Pueblo Español, y su reynado paternal hará época en los fastos de nuestra historia. Sí, vosotros, ribales perjuros, reusais disfrutar de su amable imperio, qué haceis en nuestro suelo? Cómo no huís á aquellas regiones incircuncisas, de donde habeis traído tan perniciosas máximas? Si nuestra Monarquía moderada por las sabias leyes de los Padres de la Patria no son de vuestra aprobacion; si á pocos meses de jurada por toda la Nación con la mayor solemnidad, ya solicitais su mudanza en todo lo que no se conforma con vuestras perversas ideas: separaos de nuestra Península, y subid al cielo de la Luna para poner en execucion

vuestra soñada República. Nosotros no necesitamos de vuestras luces, ilustraciones, y regeneraciones, y nos hallamos bien con nuestra legislación, que bien observada es, ha sido, y será el apoyo de nuestra verdadera prosperidad. Nuestro amado Fernando en fuerza de la potestad coercitiva siempre estará solícito de su observancia, y al paso, que sabrá premiar á los buenos, no omitirá el aplicar á los malos los justos castigos segun que están sancionados. No dudeis, obscurísimos regeneradores, que en Fernando hallareis un Juez inexorable de vuestros delitos, especialmente irreligiosos. Sabed, que es y debe ser el protector de la Religion Católica, Apostólica, Romana, como lo han sido sus Progenitores con edificacion de todos los verdaderos Fieles. Extrañareis esta doctrina? Pues entended, que en todas sus partes es verdadera.

Con efecto, el Rey es un protector de la Iglesia: Las Escrituras, los Concilios, y los Padres le dan este título tan glorioso. Nosotros leemos en la Escritura, que el Rey Joas hizo esta pregunta al Sacerdote Jorobabab : Por qué no has cuidado de que los Levitas exígieran al pueblo la cantidad señalada por la ley de Moysés, siempre que se numeran las personas? (1) Quién no vé en este Monarca de Judá un zelador de la observancia de la ley santa de Moysés? Vos, escribe S. Leon Papa al Emperador Leon, debeis advertir, que la potestad regia se os ha concedido, no solo para el gobierno de vuestra Monarquía, sino tambien para proteger la Iglesia, y para que reprimiendo á sus enemigos defendais sus decisiones y sus leyes, y las restituyais la paz si se la turbasen alguna vez. (2) Uno de los principales deberes de un Rey, dice un Sabio, es proteger la Religion, defender sus dogmas y sus leyes, tanto las que pertenecen á la disciplina, como las que se dirigen á las costumbres, amparar los ministros de la

(1) 2. Paral. c. 14. (2) Ep. 129.

Iglesia, enfrenar los arrojós de los impíos, decretar si lo pide su osadia penas afflictivas contra ellos, segun fuere la enormidad de sus delitos, porque es una máxima recibida en todos los tribunales, que el que perdona los malos, hace daño á los buenos. (1) El Príncipe, (2) decia el grande Emperador Constantino, es el Obispo fuera de la Iglesia, y el conservador del buen orden en todas partes; en la Iglesia, protegiendo sus leyes, en los claustros interponiendo su autoridad para reformar los abusos, si los hay, y apelando á la de la Iglesia, quando lo requiera el caso. En fin en todos los estados es el Príncipe, por un derecho innegable del trono, el protector de la verdad y el ministro de Dios vivo, para exercer su venganza, castigando al que executa acciones malas, como enseña S. Pablo; (3) pero su potestad, añade San Juan Chrisóstomo, es solamente sobre los cuerpos, como la del Pontífice es solamente sobre las almas. (4) Todos los deberes, que Dios impone á los Reyes, dice el Padre San Agustin, se reducen á dos capítulos. Primero: hacer practicar el bien en sus estados. Segundo: impedir el mal, no solamente en lo que mira á la sociedad, si tambien en lo que pertenece al culto divino. (5)

En confirmacion de esta verdaderísima doctrina vemos, que en las ceremonias y oraciones santas, que prescribe el Ceremonial Romano para la solemne benediction y coronacion de los Reyes, apenas hay cláusula, donde no se les encargue la proteccion y defensa de la Iglesia. Vosotros, les dice, retendreis inviolablemente la Religion Católica y Fé christiana, que habeis profesado, y la defendereis con todas vuestras fuerzas de todos sus enemigos.

(1) Jam. pág. 159. (2) Euseb. lib. 4.

(3) Ad Rom. cap. 19. (4) Hom. 4. de verb. Isai.

(5) Cont. Crescent. cap. 15.

Coruña: *En la Oficina del Exácto Correo.*